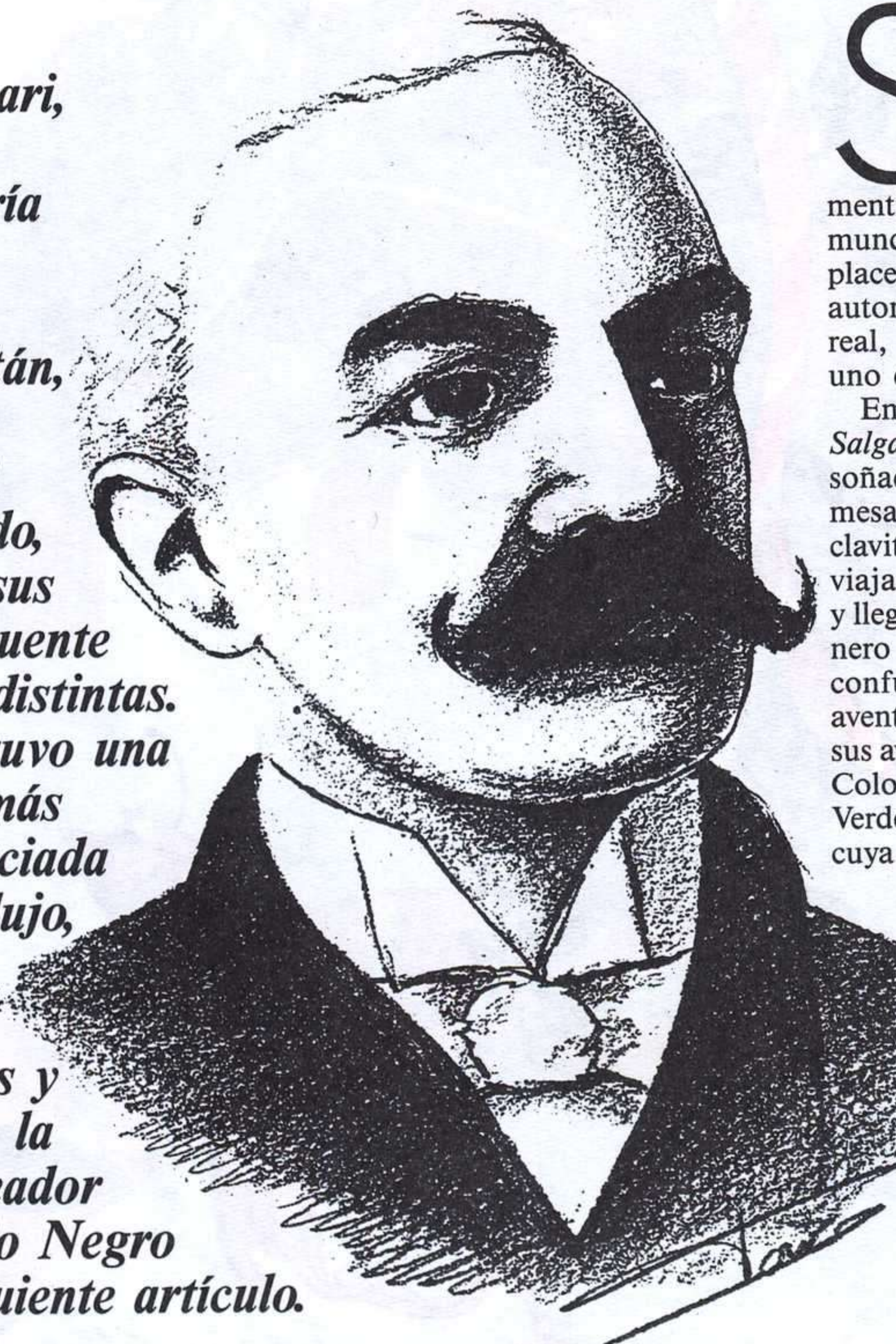


Emilio Salgari, el pequeño capitán

por Juan Tébar *

Emilio Salgari, a diferencia de la mayoría de héroes que creó, no fue capitán, ni tampoco viajó por el ancho mundo, aunque en sus memorias cuente cosas bien distintas. De hecho, tuvo una existencia más bien desgraciada que le condujo, finalmente, al suicidio. De las luces y sombras en la vida del creador del Corsario Negro trata el siguiente artículo.



Salgarello era un mentiroso. Un mitómano que acabó convencido de sus propias mentiras. Pero los lectores de todo el mundo ya las habían devorado con placer adolescente, sin plantearse si el autor era un ser frustrado en su vida real, que había acabado creyéndose uno de sus personajes.

Emilio Salgari (1862-1911), llamado *Salgarello* por su pequeña estatura, soñador de mares y de islas desde su mesa, dedicado toda su vida a la esclavitud de escribir sobre viajes, sin viajar más que entre Verona y Turín, y llegado al fin de su existencia sin dinero bastante para sobrevivir, acabó confundiendo su vida de inventor de aventuras con la heroica biografía de sus aventureros: Los Corsarios de Tres Colores (el Negro, el principal, y el Verde y el Rojo, sus hermanos, por cuya muerte jurará implacable venganza); el Capitán Tormenta (que era una mujer), y el León de Damasco. Y los Tigres de Malasia, los más famosos (Yáñez, Tremalnaik y Sandokán, que se coló visionariamente en su propia biografía). Si Salgari hubiese sabido que, más de medio siglo después de su muerte, cuando llegó a España Kabir Bedi —el actor que representa-

ANTONIO HERNÁNDEZ, LOS TIGRES DE MOMPRAEM, MADRID: ANAYA, 1988.

ba a Sandokán en una serie televisiva—, sus fans le persiguieron con el grito de: «¡Queremos un hijo tuyo!», el pequeño veronés se hubiera sentido justificado de su frustrada vida esquizofrénica. Crecido hasta la apuesta talla de su personalidad soñada, pensaría que las admiradoras le perseguían a él.

Nunca fue capitán

El *pequeño capitán* nunca tuvo ese título. Pero a los 23 años desafió a un periodista que se había burlado del imaginario grado militar de Salgari. Emilio Pascual¹ nos cuenta que *Salgarello* había hecho esgrima y presumía incluso de ser inventor de una estocada secreta, como Lagardère, el protagonista de algunas novelas de Paul Feval, folletinista al que Salgari seguramente leyó. El caso es que no mentía del todo, respecto a la espada, el falso capitán, pues lavó su honor hiriendo al periodista, aunque le costó una semana de prisión.

Salgari no fue capitán (de hecho le suspendieron en el Instituto Naval, cerrándole el camino para futuras glorias), tampoco fue el viajero que dijo —o creía ser—. Pero en sus *Memorias* nos cuenta cosas bien distintas. Ocorre que dichas *Memorias* no las escribió Salgari, sino un profesor de los hijos del novelista, que —a su muerte— se inventó una biografía más cercana a la de los personajes del difunto, que a la verdadera del escritor. Perfecto fantaseador para un biografiado tan imaginativo. Únicamente en el final coinciden la realidad y la fantasía.² Tanto en sus referidas *Memorias*, como en las fiables biografías auténticas, Emilio Salgari se quitó la vida el 25 de abril de 1911.

Tragedia a la italiana

Salgari no ganaba lo suficiente para vivir (a pesar de que sus editores se

habían enriquecido con sus obras), no era capaz de mantener a sus hijos, no podía internar en un sanatorio adecuado a su mujer, que estaba loca. La vida del pequeño *tigre* fue un melodrama, que sólo podía sublimarse con un final de verdadera altura trágica. Como todo en su vida, hay que revestir de la dignidad soñada la miseria de lo auténtico. En sus *Memorias* (que bien podría haber escrito él mismo, tan fácil embustero como su glosador póstumo), se despide de sus hijos y del lector con una carta fechada vein-

ticuatro horas antes del *último acto*. En el tono solemne que conviene al género casi operístico de un italiano decidido a la tragedia, dice:

«[...] nada poseo, nada puedo dejaros, solamente mi recuerdo. Pero yo he dado a la Patria alguna cosa: ¡mis novelas!

[...] el otro día os mentí diciéndoos que salí para algunos asuntos. No fue así, fui a comprar un cuchillo, la hoja que ha de desgarrar mi cuerpo [...].

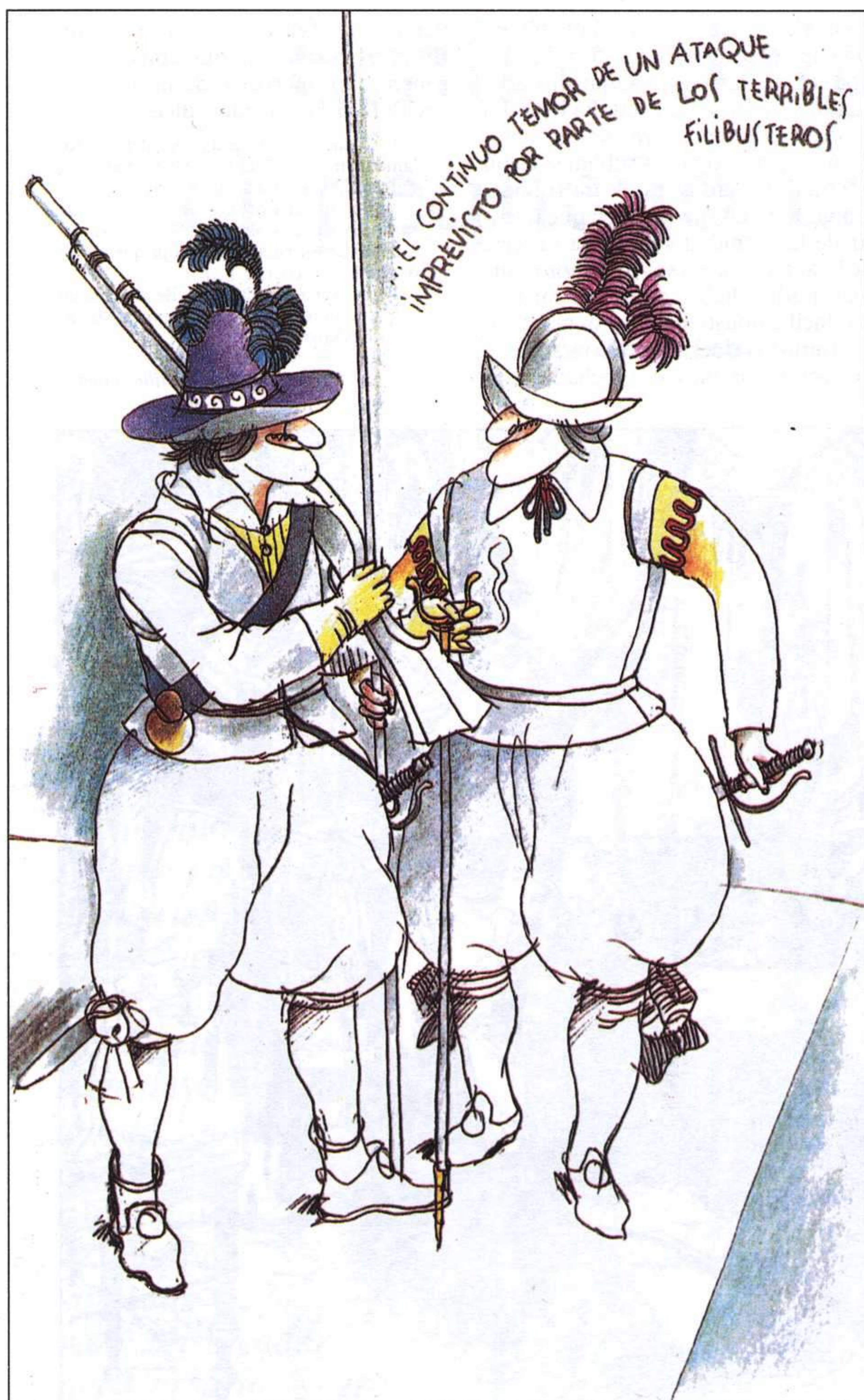
Os beso apasionadamente. Besad a mamá en mi nombre y adiós para siempre. Mañana no existiré.

Vuestro padre,

Emilio Salgari.»



CARLO LINZAGHI, LOS TIGRES DE MOMPRACEM, MADRID: ANAYA, 1988.



JAVIER VÁZQUEZ, EL CORSARIO NEGRO, MADRID: SM, 1991.

Sus hijos se llamaban Nadir, Romero y Omar. Puro exotismo. La carta que figura en las *Memorias* no es menos dramática que las tres cartas reales que dejó antes de emprender su último viaje, el mayor y más arriesgado de los que inventó, y desde luego el más importante de los que realmente emprendiera. Al final, sólo le falta música de Puccini. Pero no es teatro, es la vida (quiero decir la muerte). Hay versiones sobre ese final. Unos cuentan que se quitó la vida lanzándose contra una cimitarra (pero esa vez, realmente no acertó, habría de repetir el intento). La forma verdadera de marcharse fue con una navaja de afeitar, aunque las *Memorias* prefieren un cuchillo.

Sus biógrafos, Giovanni Arpino y Roberto Antonetto, justifican el último acto porque «*sin Mompracem era imposible ser feliz...*».³

Salgari, ¿un clásico?

Si entendemos el concepto *clásico* como «modelo a seguir», tal como se explica la palabra en los diccionarios, pues realmente no deberíamos considerar a Salgari como tal. Su estilo literario es quizás eficaz y sencillo, pero no es riguroso ni brillante.⁴ Sus estructuras narrativas pueden ser amenas y resultar atrayentes, pero son demasiado simples y repetitivas. En el sentido en que Stevenson (por no alejarnos de la aventura), lírico y en ocasiones profundo, sí es un verdadero clásico, nunca podría llamarse a Salgari *modelo literario digno de ser imitado*. Pero la literatura popular hace sus propios clásicos (en letra pequeña). La fidelidad de los lectores, el encanto transmitido a lo largo de distintas generaciones, dan a ciertos autores la categoría de inolvidables, si no de Clásicos, con mayúscula y en sentido estricto. Creo que no hay nadie que pueda discutir la innegable presencia de los héroes de Emilio Salgari en la formación literaria e imaginativa de



Retrato del «capitán» Emilio Salgari.

casi todos los adolescentes de este siglo. Hasta hace diez años, por lo menos. Ahora los chicos quizá no leen a Salgari. Tampoco a Jack London, ni a Dickens, ni a Mark Twain. Ahora prácticamente sólo ven la televisión. Pero *ésta es otra historia* (como diría Rudyard Kipling, otro clásico).

Sus héroes

Uno sabe que el término *héroe* está algo desprestigiado. Sus nobles referencias a la antigüedad clásica han quedado oscurecidas por manipulaciones ideológicas indeseables. Y hay que reconocer que la obra del propio

Salgari también fue aprovechada por quienes arrimaban el ascua a su fascismo.

Pero los héroes son prototipos para el sueño eterno de quienes, en la edad adecuada, admiraron su valor heroico, o se emocionaron con sus temblores de hombre. Y Salgari —*il padre degli eroi*, según sus biógrafos antes citados— fue una de las factorías más prolíficas del producto que nos ocupa. En lo que al autor de este artículo se refiere, Salgari y sus atrevidas criaturas iluminaron muchas tardes de mesa-camilla, y muchas oscuridades de adolescencia en posguerra. Ya sé que eso no es una consideración literaria en un sentido crítico. Eso es el

pan y chocolate —como llamaba Juan Benet a todos los alimentos, espirituales o no, de nuestros verdes años—, o sea, la vida.

Desde 1883, y hasta después de su muerte, los libros de piratas, de estranguladores, de *cow-boys*, de naufragos, de pescadores de ballenas y cazadores de osos, de aventuras en Siberia o de misterios en la India, fueron el legado del pequeño —y falso— capitano a las sucesivas generaciones de jóvenes lectores. En España (por lo que a mi época respecta) nos los dieron censurados en sus muchas referencias no favorables a España. O con notas a pie de página, rebatiendo la opinión *antiespañola*. Eso no impidió, por supuesto, que tantos chavales del tenebroso franquismo, exaltásemos nuestra imaginación con los héroes de *Salgarello*. Y supiésemos, con emoción, que los héroes también lloran. Porque si la noche es propicia, y el mar brilla como iluminado por un reflector de teatro... y sobre todo, si el héroe (llámese Sandokán e Emilio Roccanera, más conocido por el *Corsario Negro*) se ha enamorado de quien no debiera, puede soltar dulces lágrimas cuando cree que no le está viendo nadie. Salvo nosotros, los lectores, sus mejores amigos. ■

EMILIO SALGARI, LOS TIGRES DE MOMPRACEM, MADRID: ANAYA, 1988.

* Juan Tébar es escritor y crítico literario.

Notas

1. Autor de la traducción, el apéndice y las notas de *Los Tigres de Mompracem*, número 80 de la colección Tus libros, editado por Anaya en 1988.
2. En todo este asunto del suicidio de Salgari, sigo más o menos mi propio Apéndice a la edición en Tus libros (Anaya, 1993) de *El Corsario Negro*.
3. *Vita, tempeste, sciagure de Salgari, il padre degli eroi*, editado por Rizzoli en 1982. Mompracem es la isla malaya donde se refugian los Tigres, cuyo jefe es Sandokán.
4. ¿Quién es el guapo capaz de serlo escribiendo al ritmo que tuvo que escribir Salgari, sin posibilidad de corregir, ni casi de releer, y con su único tiempo *libre* ocupado en documentarse sobre el Oregón, Manchuria, o la Jungla Negra...?